

JESÚS, HOMBRE DE SU TIEMPO Y DE SU ESPACIO, NOS MUESTRA NUESTRA COMPLETA HUMANIDAD

por Sr. M. Patrizia Nocitra osc

7. ¡LEVÁNTATE!

Este es un pasaje (Lc 7, 11-17) que sólo se encuentra en el Evangelio de Lucas. La historia destaca el poder de Jesús y su misericordia. Él previene a aquellos que están totalmente perdidos y ya no son capaces de pedir nada, de orar o de creer. De hecho, en el Evangelio, los milagros normalmente se hacen porque hay la fe de alguien y la oración, y con fe le piden al Señor que obre el milagro. Hasta cierto punto, por tanto, el milagro comienza con nosotros. Aquí, sin embargo, Jesús no recibe ninguna petición: él mismo toma la iniciativa, movido con compasión por las lágrimas de una mujer, viuda y madre.

De hecho, la condición de esta mujer llama fuertemente la atención de Jesús que, *al verla*, interviene para aliviar su dolor por la muerte de su único hijo. Nuestra miseria atrae su misericordia. Jesús que ve, se conmueve y se acerca a las personas que están muertas o que están sufriendo, es la imagen del Dios misericordioso, que siente compasión por el hombre, por su hijo perdido. En realidad, Jesús llega inesperadamente ahí a donde se necesita; aparentemente, Jesús está realizando un viaje sin un objetivo: es un peregrino y sabe a dónde debe ir, porque la misericordia lo lleva hacia la pobreza.

Invoquemos al Espíritu Santo.

Señor te damos gracias
porque nos has reunido en tu presencia
para hacernos escuchar tu palabra.
En ella nos revelas tu amor
y nos haces saber tu voluntad.
Haz callar en nosotras cualquier otra voz
que no sea la tuya,
y para que no encontremos condena
en tu palabra
leída, pero no acogida,
meditada pero no amada,
rezada pero no custodiada,

contemplada pero no realizada.
Manda tu Espíritu Santo
a abrir nuestras mentes
y a sanar nuestros corazones.
Sólo así nuestro encuentro
con tu Palabra
será la renovación de la alianza,
comuni3n contigo, con el Hijo
y con el Esp3ritu Santo,
Dios bendito por los siglos de los siglos.
Am3n.

[Comunidad de Bose]

1. LECTIO – leer la Palabra/escucharla

Del evangelio según san Lucas

7, 11-17.

1. INTRODUCCIÓN – vv. 11-12a

11 En seguida, Jesús se dirigió a una ciudad llamada Naím, acompañado de sus discípulos y de una gran multitud. 12 Justamente cuando se acercaba a la puerta de la ciudad,

2. EXPOSICIÓN – v. 12b

llevaban a enterrar al hijo único de una mujer viuda, y mucha gente del lugar la acompañaba.

3. EPISODIO CENTRAL – vv. 13-15

13 Al verla, el Señor se conmovió y le dijo: «No llores». 14 Después se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron y Jesús dijo: «Joven, yo te lo ordeno, levántate». 15 El muerto se incorporó y empezó a hablar. Y Jesús se lo entregó a su madre.

4. CONCLUSIÓN – vv. 16-17

16 Todos quedaron sobrecogidos de temor y alababan a Dios, diciendo: «Un gran profeta ha aparecido en medio de nosotros y Dios ha visitado a su Pueblo». 17 El rumor de lo que Jesús acababa de hacer se difundió por toda la Judea y en toda la región vecina.

- Leamos el texto varias veces... lentamente y haciendo pausas de vez en vez...
- Profundicemos la lectura

Jesús se dirige hacia esta ciudad de Naím, que significa "delicias". Jesús fue allí con sus discípulos y con una gran multitud, que habían sido testigos de varios milagros de Jesús.

Podemos leer el pasaje considerando su estructura interna que pone al centro el punto: la mirada de Jesús sobre una *madre viuda* y su *conmoción* por las lágrimas de la mujer.

Recordamos que esta historia, contada por Lucas, nos recuerda dos episodios del Antiguo Testamento: el de Elías que devuelve la vida al único hijo de la viuda de Sarepta (1 Re 17, 17-24) y el de Eliseo que despierta de la muerte al hijo de la sunamita (2 Re 4, 32-37).

1. INTRODUCCIÓN – vv. 11-12a

El texto comienza con una indicación de tiempo y lugar: *en seguida*, es decir, "el momento después" de algo que había ocurrido anteriormente, que se refiere a la curación del siervo del centurión (7, 1-10), a quien Jesús definió como un hombre de *gran fe*; el lugar indicado es *la ciudad llamada Naím*. Naím, cuyo nombre en hebreo *Na'im* significa "hermoso"/"adorable"/"delicioso", por su posición favorable fue, en la época de Jesús, una ciudad próspera e importante. Ubicada en los límites de Galilea, a pocas horas de Nazaret (unos 10 km al sureste), estaba ubicada en las vertientes del río Cison que desciende del monte Tabor y desemboca en el valle de Esdrelón. Desde esa posición elevada, el panorama es amplio y majestuoso: por un lado, las montañas de Nazaret, por el otro, las del Carmelo, y en el fondo el monte Tabor. *Naím* no está lejos de Sunem, donde el profeta Eliseo resucitó a un niño (2 Re 4,18-37), tal como lo hizo Elia en Zarepta de Sidón después de invocar al Todopoderoso (1 Re 17,17-24).

En fin, también se hace otra anotación de lugar: *en la puerta de la ciudad*. Ninguno de los antiguos informes de viajes en Naím menciona los muros, por lo que la puerta de la ciudad debe estar destinada al lugar donde el camino entra entre las casas. En el contexto bíblico, con la expresión *puerta de la ciudad*, se indicaba el lugar donde las reuniones y discusiones del pueblo y de los ancianos tenían lugar en diversas ocasiones en la vida social.

2. EXPOSICIÓN – v. 12b

En pocas palabras, se presenta una situación trágica: *un muerto, el único hijo de una madre viuda*: una procesión fúnebre que sale de la ciudad. Según las costumbres judías de la época, los funerales se llevaban a cabo por la noche, como para subrayar el paso de la luz de la vida a la oscuridad de la muerte y los cementerios se colocaban fuera de la ciudad a unos 50 estadios (equivalentes a unos 185 metros) fuera de los muros. La procesión, según el ceremonial de la época, estaba compuesta primero por los flautistas y los hombres descalzos con la cabeza cubierta por capas, luego el muerto en el ataúd cargado en los hombros, y detrás la madre, seguida por las mujeres y las dolientes que emiten llantos desgarradores y lamentos en honor a los muertos. El cadáver era cubierto por una sábana, colocado sobre un eje y los hombres lo llevaban al cementerio. El cuerpo era colocado en el suelo, en el que una estela de piedra indica su presencia y por encima se depositaban piedras.

Por el otro lado, Jesús avanzaba rodeado de sus discípulos y seguido por la multitud.

Por lo tanto, dos procesiones: en la primera Jesús, portador de la alegre noticia del Reino de los Cielos; en la segunda, un muerto conducido a la tumba por otra multitud considerable, pero no cualquier muerto, sino *un hombre joven, hijo único de una madre viuda*. Este énfasis nos invita a entender el contexto: el hijo era la única riqueza de una viuda pobre y era su seguridad para la vejez. La relación entre la madre y el hijo, por lo tanto, era estrecha y vital para dirigirse también hacia el futuro.

Las dos multitudes se encuentran. La que sigue a Jesús es una multitud alegre y festiva que tiene en su corazón la esperanza de la buena nueva; en la otra se contempla la muerte en su realidad más desgarradora, la de un hijo joven que una madre pierde. Jesús arrastra a la multitud con el poder de sus palabras hacia la luz que conduce a la gracia, mientras que la otra procesión lleva a un joven sin vida al lugar de la oscuridad y del silencio. En el polvoriento camino de Naím, las dos multitudes se colocan una frente a la otra, casi penetrándose para intercambiar sus mensajes de vida y muerte.

3. EPISODIO CENTRALE – vv. 13-15

- v.13. Todo comienza con la mirada de Jesús que se dirige a esa madre y no a su hijo muerto. La mirada desata y acompaña un sentimiento de Jesús: su compasión. Jesús se conmueve porque el mal real no es el muerto, sino el vivo, que vive la muerte.

Pero, en primer lugar, notamos las acciones que Jesús realiza en este texto, comprendiendo las diferentes dimensiones del Señor que están involucradas: la primera es ir a esta ciudad, luego acercarse a la puerta, así que la primera dimensión son los pies para acercarse. Normalmente somos nosotros quienes vamos a su encuentro: por ejemplo, todos los enfermos van a su encuentro. Aquí es Él quien viene a nuestro encuentro, porque una persona muerta no puede encontrarse con nadie. Es Él quien viene a nuestro encuentro en el momento de nuestra muerte.

Entonces mira. El Señor, por lo tanto, tiene pies y ojos. Y luego se conmueve, por lo que tiene corazón y entrañas. Lo que guía todo su viaje, sus pies y sus ojos, es el corazón, su compasión hacia el hombre, hacia cada ser humano que, desde que nace, vive en una condición mortal.

Además, se debe enfatizar que, en este texto, Jesús es llamado, por primera vez por el editor, *el Señor Kyrios*, que traduce el sagrado tetragrama JHWH, que es el Nombre de Dios. Jesús es el Señor precisamente porque *ve y tiene compasión*. El conmovirse en griego es el "movimiento de las entrañas" (*splagchnizein*), de las entrañas maternas de Dios; La compasión es el atributo fundamental de Dios. Sus entrañas se mueven cuando ve nuestro mal. Lo siente en profundidad. La compasión es la más alta calidad de Dios. Toda acción del Señor brota de la compasión. Al definir la misericordia y la compasión, el Antiguo Testamento usa dos expresiones, cada una con un matiz semántico diferente: el término *Hesed*, que significa ternura, bondad, amor y que se da a sí mismo, gracia y fidelidad; la segunda palabra es *Rajamim*, ya presente en la raíz *Rechem*, que significa *útero* y expresa el amor de la madre.

Y le dijo. Por lo tanto, el Señor tiene pies, ojos, corazón y boca. Exactamente lo opuesto a los ídolos que tienen pies y no caminan, manos y no tocan, ojos y no ven, boca y no hablan. Jesús también tiene un corazón que se conmueve. Y él dice: *¡No llores!*

Jesús ve a su madre, siente su llanto y se detiene pronunciando una palabra que parece imposible para la situación: *¡no llores!* La procesión interrumpe su viaje y todos permanecen asombrados e incrédulos cuando escuchan esas palabras... ¿Cómo puede evitarse que una madre llore la muerte de su hijo? Alguien siente compasión por la viuda y le habla, en el silencio se hace eco de una orden inusual, nadie se hubiera atrevido a pedirle eso.

Las palabras "*no llores*" son palabras que realmente secan las lágrimas inmediatamente después. No es un llorar efímero, de hecho, incluso el Señor ha llorado por Jerusalén, una ciudad que estará muerta y exterminada, porque no ha reconocido la visita de su Señor: no acoger la visita de la vida significa morir. Jesús llora por nuestra muerte. Jesús sabe qué es el llanto y por esta razón puede decir: "*No llores*", porque sus lágrimas limpian nuestras lágrimas, ya que Él compartió todo nuestro destino: entró en nuestra vida y vivió nuestra muerte para que tengamos vida, por esto tiene una buena razón al decir: "*No llores*".

- v. 14. Jesús da otro paso adelante: *se acerca*; luego un gesto que deja a ambas procesiones asombradas: *y tocó el féretro, mientras los que lo llevaban se detenían*.

Tocó el féretro, tocó la madera y los que lo llevaban se detuvieron. Los que lo llevan a la tumba se detienen cuando toca el ataúd, que es la imagen de cuando Jesús toca la muerte en la madera de la cruz y la muerte se detendrá en él.

Según el Antiguo Testamento, el gesto de tocar el ataúd provoca una gran impureza, enseñan los rabinos, es más contagioso que la santidad (véase Nm 19,11-14.16-22).

Este gesto resalta las manos de Jesús *que tocan*, acompañadas por la boca que dice: "*Joven, yo te lo ordeno, ¡levántate!*". La fórmula es solemne. Es la segunda orden. A la madre viuda le dice que no llore y al joven muerto le habla y le ordena que se levante: *eghertheti*, resucita. Egheiro es el verbo característico de la resurrección de Pascua, la traducción: levantarse, es pobre, porque en griego se refiere a la *resurrección*, la misma palabra que se usa para que Jesús *resucite*, significa despertar de la muerte. Es la Palabra creadora de Dios que dice que la muerte no es la palabra definitiva de la creación, sino que la palabra definitiva es la que está *en el principio*, que ha suscitado la vida y que en la misma muerte resucita la vida. Esta resurrección del único hijo de la viuda se describe en detalle, destacando todos los sentimientos y acciones de Jesús, para hacernos entender algo fundamental: la muerte ya no es la palabra que nos domina, ni su miedo. La muerte ya no es la muerte, sino que es comunión con el Señor de la Vida.

En el Libro de Génesis leemos que Dios dice y las cosas existen (Gen 1). Aquí el Señor Jesús habla y despierta, a quien está muerto, hacia una relación. Existe porque él escucha y luego hablará él mismo. Es como una nueva creación, una creación que podría referirse a la primera carta de Juan: *Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos* (3, 14). Una relación que se teje con los hermanos. Por lo tanto, la Palabra de Jesús llega al oyente, se recibe y luego se comunica: esta es la relación entre los vivos.

- v. 15. *El hombre muerto se sentó y comenzó a hablar*. El hombre muerto yacía primero, ahora se sienta en el ataúd, sobre la muerte como vencedor de la muerte. Lo primero que hace es *comienza a hablar*, una señal de que la vida ha regresado, porque no hablar, no comunicarse, el silencio es en realidad una tumba. La muerte es silencio. Si no hablamos, somos *como uno que baja al foso* (ver Sal 28). La verdadera muerte es la no comunicación, la no comunión.

Y se lo devolvió a su madre. A esa madre, que lo había engendrado, le entrega una persona viva, ya no una persona muerta. Notamos que el verbo usado, en griego, también tiene el significado *de dar*, por lo que el *hijo* es *donado* por segunda vez a esta mujer, que ahora lo recibe para un segundo nacimiento: en esta vida podemos regresar a la madre, a nuestras relaciones: hablar, dialogar, comunicar, vivir, queremos los unos a los otros.

La Palabra de Jesús, por lo tanto, nos devuelve vivos a la madre y esto sucede porque podemos reanudar la normalidad de vida que la muerte había interrumpido.

4. CONCLUSIÓN – vv. 16-17

La conclusión se refiere a la impresión del milagro en los testigos (v. 16) y luego en la gente (v. 17). Los dos últimos versículos llaman la atención sobre el fondo de la multitud.

Delante de esta escena, *todos están atrapados por el temor*, no como miedo, sino como una sorpresa por algo realmente grande. De hecho, este temor lleva a la *glorificación de Dios*, del Señor de la vida, porque la gloria de Dios es el hombre vivo. *Un gran profeta surgió entre nosotros*, un profeta como Moisés y prometido para los últimos tiempos, cuando el Señor visitará personalmente a su pueblo. Este gran profeta ya ha resucitado y está entre nosotros. *Dios ha visitado a su pueblo*. Incluso hoy, Dios nos visita con Jesús, que tiene pies que caminan hacia nosotros, tiene ojos para ver nuestro mal, tiene corazón y entrañas de compasión hacia nosotros, tiene una boca para consolarnos, tiene una mano para tocar nuestra muerte y es la Palabra potente para despertarnos.

El v. 17 concluye abriendo el horizonte de lo que ha sucedido, de hecho, dice que *esta fama de él se extendió por toda Judea y por toda la región circundante*, que podemos traducir con "*esta palabra salió por toda Judea y por toda la región*". Este evento, esta *palabra*, extendió la fama de Jesús, yendo más allá de los estrechos confines de la ciudad, de la región y más: esta Palabra ha pasado a través de los siglos y ha llegado a nosotros, ahora, aquí, la leemos y la escuchamos...

2. MEDITATIO - meditar la Palabra/hacerla resonar

- dejemos que la Palabra resuene dentro de nosotros... La mirada de Jesús ve nuestro dolor y, al penetrar profundamente, nos salva, nos libera y nos despierta de todas nuestras muertes...

3. ORATIO - rezar la Palabra/repetirla

Oh Jesús, te bendecimos y te alabamos porque eres la misericordia que se encuentra con nuestra miseria, eres la bondad y la ternura del Padre que viene a visitarnos como el sol naciente. Tú, que en Naím, has transformado las lágrimas de una madre en alegría, consuelas a todos los que lloran, fortaleces a los enfermos, recuerdas a los olvidados o excluidos. Has derrotado a la muerte no solo tocando un cadáver, sino muriendo para resucitar y vivir plenamente para siempre; el primero de todos aquellos que en ti resucitaremos. Tú eres el Viviente, y el hombre al que llamas a la comunión contigo es necesariamente un ser vivo. Danos también a nosotros un corazón capaz de no ser indiferente, sino la capacidad de conmovernos por las miserias de los demás, un corazón que vive para aliviar el sufrimiento y el dolor de quienes se cruzan en nuestro camino. Amén.

4. CONTEMPLATIO - contemplar la Palabra/el silencio

- En silencio... dirijamos nuestra mirada interior a Aquel que habló en el Hijo amado y dejémosnos llevar por la gratitud de haber sido alcanzados allí, en las profundidades, en el infierno de nuestra humanidad, quizás, a veces, herida, golpeada y humillada.

5. COLLATIO – compartir la Palabra

- Para que la Palabra tome la carne de nuestra vida, compartámosla con las Hermanas...